

LAS CASAS DE INGLA- TERRA DONDE VIVIERON HOMBRES FAMOSOS

Por PHYLLIS DAVIES

LAS casas de los grandes hombres provocan un extraordinario interés, bien pertenezcan ellos al pasado o al presente. Por eso un paseo por Londres es algo que le lleva a uno a entrar en contacto con la Historia, pues esta ciudad, orgullosa de sus propias personalidades y del refugio que ha ofrecido a hombres distinguidos de otros países, conmemora sus nombres en centenares de edificios. Lápidas azules y blancas en las grandes manzanas de pisos construídos por el Ayuntamiento y en los edificios para oficinas exclusivamente, que han sustituído a las antiguas residencias, anuncian al transeúnte que en ese lugar vivió una vez tal o cual personaje. Hay también muchas viviendas pintorescas, aun en pie al cabo de cientos de años, cuyas relaciones históricas se conmemoran igualmente.

La instalación y conservación de esas lápidas conmemorativas es obra del Ayuntamiento. Se pone meticolosa atención en comprobar la verdadera residencia de una persona famosa. Se consultan libros de referencia, biografías, cartas de época, registros de casas

y libros de contribuciones de los Ayuntamientos locales, y a continuación se pide permiso al propietario para poner una lápida. Como detalle curioso diremos que no todos los caseros se han prestado a que se distingan de ese modo sus propiedades; algunas veces han negado el permiso, pretextando que la vida íntima de los inquilinos pudiera padecer por pretender acaso los admiradores del hombre famoso ver el piso donde vivió.

Esto ocurre, como me dijo un sastre de Broadwick Street, en el distrito londinense de Soho. En la desconchada y triste fachada de este edificio, que tiene ya doscientos años, hay una lápida que recuerda que allí nació, en 1757, William Blake, poeta y pintor. Unas rejas que cubren la mitad superior de las ventanas del piso alto, vacío, indican que allí está el cuarto donde vivió el poeta siendo niño, y todos los años, durante la temporada turística, visitantes extranjeros, estudiantes y jóvenes poetas británicos piden al sastre que les deje ver la habitación donde jugaba Blake.

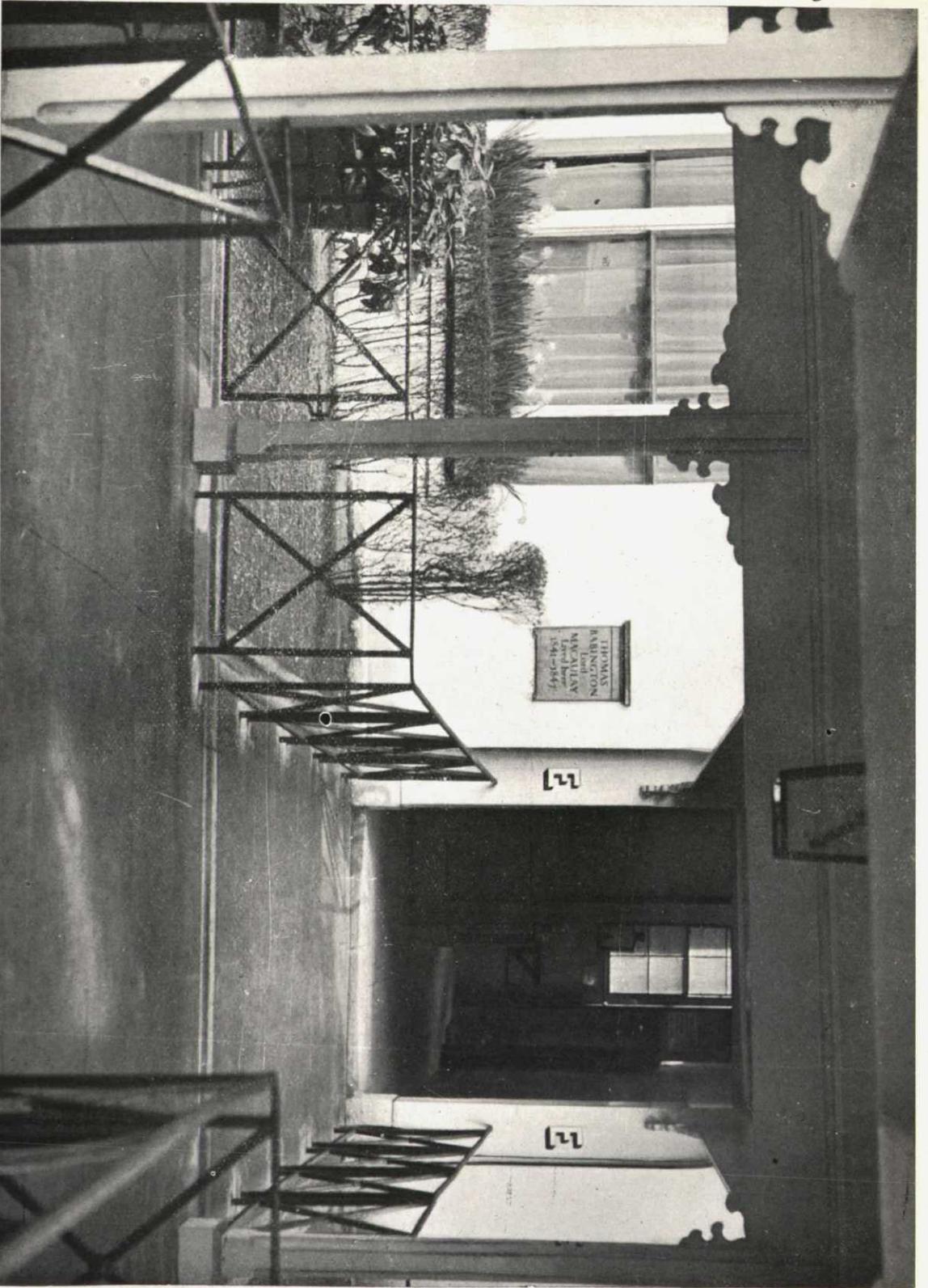
Cerca de allí, en esta zona de vecindad francesa e italiana, está otra casa antigua con rejas en las ventanas. Pero estas ventanas se encuentran al nivel del suelo, pues el piso que ocupó Antonio Canaletto, pintor veneciano del siglo XVIII, pertenece hoy a un platero, quien hizo del local una tienda.

En el número 32 de la histórica Soho Square, con su jardín central y su pequeñísimo cenador de cúpula, que durante ochenta años fué lugar de cita de estudiantes de Historia Natural de todo el mundo, hay hoy día un enorme edificio ocupado por una Compañía cinematográfica, y en él una lápida que recuerda que allí vivió Sir Joseph Banks (1743-1820), presidente de la Royal Society, el organismo cultural más distinguido de la Gran Bretaña, y uno de los más grandes botánicos de todos los tiempos. Viajó con el explorador James Cook en misiones que contribuyeron mucho a ampliar los conocimientos botánicos sobre el hemisferio occidental. Años después de su muerte su casa quedó convertida en museo y centro de estudios de su especialidad.

En Sackville Street, entre Piccadilly y Regent Street, otro sastre tiene que dejar de trabajar con frecuencia para recibir visitas,



Un disco azul y blanco en la pared de una casa de Londres señala el lugar en que vivió un hombre famoso. Este está dedicado al Dr. John Snow, que descubrió que el cólera se transmite con el agua e hizo mucho en la lucha contra esa peligrosa enfermedad. Para poder fijar esas placas han de pasar veinte años. Las conserva el Ayuntamiento del Condado de Londres.



Aquí vivió lord Macaulay, historiador del siglo XIX. Calle tranquila del «Albany» (Londres).

la mayoría médicos extranjeros, y ascender por la estrecha escalera del siglo XVIII para enseñar las habitaciones del Dr. John Snow y donde trabajó en su gran descubrimiento de que el cólera se transmite por el agua. Otra lápida, a la vuelta de la esquina, el Albany, registra el hecho de que Lord Macaulay, el historiador del siglo XIX, escribió allí gran parte de sus ensayos y la primera parte de su monumental historia de Inglaterra.

Y si prosigue el paseo, se siguen sucediendo los encuentros históricos: con Heinrich Heine, el poeta y ensayista alemán, cerca de la estación de Charing Cross; con el compositor Mozart, en una casa encantadora, cerca de la estación Victoria, donde compuso su primera sinfonía en 1764. En los grandes edificios de la Asociación del Automóvil, en Leicester Square, una lápida señala el lugar donde vivió Sir Joshua Reynolds, el pintor del siglo XVIII. A Handel, el compositor, se le conmemora en una casa de Brook Street, y una graciosa mansión en Hannover Square, en la que hace cien años, Mary Somerville, estudió y escribió sobre las ciencias físicas, en una época en que tales aficiones estaban consideradas como indignas de la mujer, es hoy una tienda-exposición de vestidos al por mayor. Una modesta tienda de comestibles ocupa la mitad inferior de la casa de Blandford Street, donde Michael Faraday, el primer hombre que obtuvo la electricidad, se preparó en esta rama de la Física, y Sir Isaac Newton, cuyo descubrimiento de la ley de la gravedad hizo época, está conmemorado en un nuevo edificio de Jermyn Street, frente a Piccadilly.

El derribo de edificios, una generación tras otra, destruyó muchos domicilios de personalidades, y los bombardeos de la guerra última también dejaron en ruinas bastantes residencias notables. Pero siempre que ha sido posible, las lápidas volvieron a fijarse en los nuevos edificios. Y como la regla establecida por el Ayuntamiento de Londres es que han de pasar veinte años después de la muerte de un hombre o de una mujer célebres para autorizar la fijación de una lápida, continúan registrándose nombres. De esta suerte, Londres sigue creciendo como libro de historia para ser leído durante un simple paseo.